

Alfabeto del racismo mexicano

Federico Navarrete

GRINGO

SINOFOBIA

NAAO

MALINCHE

TRUMP

MUCHACHA

VIOLENCIA

ALFABETO DEL RACISMO MEXICANO

FEDERICO NAVARRETE

ALFABETO DEL
RACISMO MEXICANO

MALPASO

BARCELONA MÉXICO BUENOS AIRES NUEVA YORK

INTRODUCCIÓN

Este *Alfabeto* es un ejercicio de reflexión que nos invita a reconocer la existencia y la amplia huella del racismo en México, las muchas maneras en que vulnera nuestras vidas privadas y envenena nuestra vida pública. Su ánimo es satírico porque muchos de los prejuicios y las costumbres que describe son hipócritas y en el fondo ridículos, aunque no por ello resultan menos lesivos a quienes los practican y a quienes los padecen. La idea de organizar las ideas, las costumbres, los dichos y los prejuicios vinculados con el racismo mexicano en forma de artículos de un “diccionario” se inspiró en varios ejercicios de este género que he encontrado en internet, y además en el *Dictionnaire des Idées Reçues* de Gustave Flaubert, sin que pretenda alcanzar ni la precisión ni la implacable misantropía de este último. Por ello la obra tiene un carácter fragmentario: las entradas son deliberadamente heterogéneas, algunas se refieren a prácticas comunes en nuestra vida social, otras examinan las acciones y dichos de personajes, individuales o colectivos, otras describen ámbitos sociales e instituciones, y las hay que analizan conceptos y prejuicios difundidos en diferentes medios. Busqué la variedad de actores y de términos para hacer más amena y más provocadora la lectura. El conjunto no pretende ser exhaustivo; lo imagino más bien como un caleidoscopio en el que podamos reconocer las muy distintas formas en que se practica la discriminación en México y también reconocernos en ellas.

Como todos los libros, este es producto de una historia particular y accidentada. La idea original del

alfabeto fue concebida como un divertimento que debía complementar el ensayo *México racista: una denuncia*, que apareció a principios de 2016.* Así, comencé a publicar en el sitio *Horizontal* (horizontal.mx) una serie de viñetas mordaces que describían el carácter camaleónico y taimado de nuestro racismo. Desde su primera entrega, en abril de 2016, sin embargo, el proyecto tomó vida propia. La inclusión de una entrada dedicada al nombre del prominente y venerado intelectual mexicano Roger Bartra desató una intensa polémica en el propio sitio *Horizontal* y en las redes sociales. En su momento expuse mis razones para esta decisión y no me arrepiento de ella. Tampoco me arrepiento de haber incluido en otra entrada a Octavio Paz, aunque sus sempiternos acólitos quisieron quemarme en leña verde por criticar a su ídolo, dueño de todas las verdades y emperador absoluto de nuestra cultura, aun veinte años después de su muerte. En esta versión impresa evitaré las entradas dedicadas a individuos, excepto una dedicada a mí mismo y la historia de mi familia, que incluyo por honestidad, y otra dedicada a Donald Trump, que incluyo por desesperación, porque me parece que un libro debe abrir otro tipo de conversación, más reflexiva y de mayores alcances que los ciento cuarenta caracteres con que se polemiza en Twitter y el espíritu intolerante que priva con demasiada frecuencia en las redes sociales.

A pesar de estas polémicas, o tal vez gracias a ellas, el *Alfabeto* cumplió de manera sobrada con mi mayor esperanza: abrió una conversación rija, apasionada y urgente sobre las formas del racismo en nuestro país. El tono provocador de varias de las entradas

* Navarrete, Federico, *México racista: una denuncia*, México, Editorial Grijalbo, 2016.

tenía como propósito precisamente interpelar a los practicantes de estas formas de discriminación, deliberados y conscientes pero también inconscientes o hipócritas. Como estoy en desacuerdo con las críticas que ciertos intelectuales elitistas dirigen a la “corrección política”, el tono satírico de mis viñetas se lanza contra otra forma de “corrección”, a mi juicio mucho más dañina: la autocomplacencia con que las clases medias, los académicos, los intelectuales y quienes trabajan en los medios de comunicación niegan el racismo que practican, o lo justifican como una realidad inevitable, o poco trascendente, de la vida social mexicana.

El racismo mexicano es como sacarse los mocos con el dedo: una costumbre que practicamos siempre de manera vergonzante y que negamos con ahínco en caso de que alguien nos la achaque. Y como hacemos con los parientes, amigos o colegas a quienes sorprendemos hurgando sus fosas nasales, también aprendemos a hacernos de la vista gorda y a mirar a otro lado cuando alguien a quien respetamos incurre en dichos o acciones discriminatorios. Uno de los objetivos centrales de este *Alfabeto* es precisamente romper la hipócrita cortesía que suele rodear una práctica que nos debe resultar intolerable y repugnante.

Gracias a la iniciativa generosa de Malpaso, mi diccionario del racismo renace ahora, aumentado al doble su largo original, con muchas entradas nuevas, y revisado para tomar la forma de un libro. Quien recorra sus páginas encontrará un mosaico de expresiones y personajes variados y contrastantes, con disonancias inevitables y también con ineludibles repeticiones, pero que intenta presentar una visión amplia y dinámica de una realidad social lacerante. La coherencia no ha sido mi objetivo, porque el conjunto de costumbres y prejuicios, formas de hablar y

de pensar que describo no forman una realidad congruente ni exenta de contradicciones. El racismo mexicano no está animado por una ideología sistemática, más allá de la convicción vaga y contradictoria, pero nunca cuestionada, de que todos somos mestizos o debemos serlo. La fragmentación del texto pretende reflejar también la manera en que las mexicanas y los mexicanos experimentamos la discriminación racial: siempre de una manera dispersa e individual, con la inevitable carga de vergüenza particular, por lo que rara vez somos conscientes de su carácter social más amplio, como ha mostrado Mónica Moreno Figueroa.*

Pese a ello, he realizado el mayor esfuerzo para que mis argumentos y mis críticas sean consecuentes y rigurosos. Me inspira la convicción de que la división de la humanidad, y de las naciones y las comunidades, en razas es artificial y nociva, pues las diferencias biológicas entre los diversos seres humanos no son significativas y seguramente no afectan ni su capacidad intelectual ni su capacidad moral. Me mueve, asimismo, el más profundo rechazo a las formas de discriminación y exclusión que se han practicado por siglos a partir de las ficticias diferencias raciales y mi conocimiento personal y social de las dolorosas huellas que han dejado en nuestro país, evidente en la marginación de los pueblos indígenas, en el desprecio a los más “morenos” o más “negros”, en la ciega adhesión al ideal de la “blancura” como única encarnación de la cultura, la riqueza y la belleza, en la desigualdad y la violencia que hoy ensombrecen nuestra vida social.

* Moreno Figueroa, Mónica G., “Distributed intensities: Whiteness, mestizaje and the logics of Mexican racism”, en *Ehntnicities*, 2010, vol. 10, n.º 3, pp. 387-401.

Espero que las incoherencias y mediocridades que haré evidentes no sean solamente las mías, sino las que son propias de este fenómeno, como las describe con lucidez Achille Mbembe citando a Georges Bataille:

La lógica racista supone un alto grado de bajeza y de estupidez. Como señaló Georges Bataille, implica igualmente una forma de cobardía, aquella del hombre que “da a algún signo exterior un valor que no tiene más sentido que sus miedos, su mala conciencia y la necesidad de cargar a los otros, en el odio, con el peso del horror inherente a nuestra condición”; los hombres, agregó, “odian, al parecer, en la medida en que ellos mismos son detestables.”*

En México, para bien o para mal, el racismo no es alimentado tanto por el odio como por el desprecio, por un desdén incuestionable y pertinaz contra quienes tienen la piel más oscura y son más pobres, por la ignorancia deliberada que nos impide reconocer lo que pueden pensar y valer quienes no pertenecen a las élites blanqueadas que se imaginan superiores y dueñas de la verdad. Si algo muestran las diferentes viñetas de este *Alfabeto* es el carácter pernicioso, asesino incluso, de estas formas de discriminación y los daños múltiples y profundos que infligen a la mayoría de los mexicanos. Es hora de que sintamos indignación y vergüenza por estas costumbres inaceptables; es hora de que empecemos a construir un país sin racismos.

* Mbembe, Achille, *Critique de la raison nègre*, París, Éditions de la Découverte, 2013, p. 63.

A

Ambulante

A principios de los años noventa del siglo xx, la colonia la Condesa vivió un florecimiento comercial centrado en la apertura de múltiples restaurantes. Fieles a las pretensiones “europeas” del barrio, los nuevos establecimientos colocaron mesas en las estrechas banquetas para que los comensales pudieran comer como en las grandes capitales. Al cabo de unos meses de crecimiento desordenado, la delegación intervino y clausuró varias de las “terrazas”, aduciendo con razón que impedían el tránsito peatonal. Durante esta crisis condesera tuve una acalorada discusión con amigos que condenaban esta acción de las autoridades, según ellos un atropello injustificable. Con afán provocador, les respondí que así como defendían a sus amigos restaurantes que utilizaban la vía pública para su lucro particular, deberían también apoyar a los vendedores ambulantes que se extendían por toda la ciudad. Furioso por la comparación, uno de ellos argumentó que no se podían comparar las prácticas clientelares y corruptas de ambulantes y sus dirigentes (*ver Masas*), con las sanas iniciativas de los pequeños emprendedores de la Condesa, exponentes de una sociedad civil que trataba de desarrollar una nueva cultura democrática.

Debo admitir que los términos de esta discusión me despiertan cierta nostalgia. Hace apenas dos déca-

das muchos creíamos que México estaba al borde de un amanecer democrático, encabezado por una ciudadanía educada y consciente, desde los clientes de las fondas de la Condesa hasta los zapatistas (*ver Democracia, Zapatismo*).

En el Centro Histórico, como nos relatan los estudios de Alejandra Leal, los colonos de clase media que participaban en el intento de “rescate” de la zona o, para ser más exactos, en la empresa de “gentrificación” y especulación inmobiliaria de Carlos Slim, se concebían a sí mismos como la vanguardia de una clase educada, limpia y civilizada que era la antítesis de los ambulantes que invadían, ensuciaban y afeaban sus calles.¹ En sus enfrentamientos cotidianos por el escaso y valioso espacio urbano de la zona solían argumentar, y seguro lo hacen todavía, que el uso que ellos querían hacer de él para estacionar sus coches, establecer sus negocios y abrir sus bares era el único legal y legítimo, mientras que los ambulantes usurpaban la calle de manera ilegal e ilegítima. A partir de prejuicios parecidos a los de mis amigos de la Condesa, Carlos Elizondo Mayer-Serra ha magnificado este enfrentamiento para transformarlo en una auténtica lucha entre civilizaciones:² por un lado, estaría la “república moderna” que cumple la ley, paga sus impuestos y se comporta de acuerdo con las leyes sagradas del mercado capitalista, además de votar por el PAN, seguramente; por el otro, la “república infor-

1. Leal, Alejandra, “‘You Cannot be Here’: The Urban Poor and the Specter of the Indian in Neoliberal Mexico City”, en *Journal for Latin American and Caribbean Anthropology*, 2016, vol. 21, n.º 3, pp. 539-559.

2. Elizondo Mayer-Serra, Carlos, “La república informal”, *vLex* [en línea], 25 de agosto de 2006. Disponible en: <http://reforma.vlex.com.mx/vid/carlos-elizondo-mayer-serra-informal-194936327>.

mal”, atrasada, perredista o priísta, corporativa, clientelar, aferrada a la economía ilegal y ajena a la legalidad. De manera menos grandilocuente y más exacta, podríamos caracterizar este conflicto como la lucha ancestral entre la “gente decente” y los “nacos”, según la acepción moralista de esa expresión (*ver Nacos*).

Frente a estas dicotomías inservibles, los estudios sociológicos han mostrado que lejos de ser restos atrasados de una cultura “podrida” que se “resiste a morir” (*ver Masas*), los ambulantes son parte dinámica de redes económicas y productivas internacionales, productos directos de la globalización y de la apertura comercial neoliberal. Además, muchos de ellos son políglotas y altamente educados; en suma, a veces son más modernos y cosmopolitas que sus críticos ilustrados.

No es mi intención realizar aquí una defensa de la informalidad económica, aunque la falta de transparencia de las políticas fiscales del gobierno mexicano y de las contribuciones de las grandes empresas me orillan a cuestionar también la supuesta legalidad de la esfera económica formal. Lo que me interesa es señalar la manera casi automática en que las diferencias sociales y culturales son racializadas en nuestro país, la facilidad con que nuestras clases medias se atribuyen a sí mismas todas las virtudes aspiracionales de la modernidad y la blancura (*ver Aspiracional, Whiteness*) y achacan a los “otros” todos los defectos del atraso, de la corrupción y de la falta de democracia, que son encarnados de manera casi automática en su piel más oscura y su aspecto más indígena, de acuerdo con una operación tan perversa como frecuente en nuestra convivencia social.

Aspiracional

La primera vez que escuché este término imaginé que se trataba de un nuevo tipo de electrodoméstico. Sin embargo, la sabiduría infinita de internet me proporcionó la siguiente definición mercadotécnica:

Se trata de intentar asociar la compra del producto con la obtención de esa situación ideal que puede estar relacionada con un estatus social superior, con la fama, con la belleza física o con un lugar idílico.³

En suma, la publicidad aspiracional busca convencernos de que bebamos cierto brandy, usemos tal toalla sanitaria o asistamos a ese restaurante para poder parecernos más a la gente afortunada que ocupa los lugares más elevados del privilegio y la belleza. En México, y también en buena parte de América Latina, cualquier publicista sabe que ser “aspiracional” significa en primer lugar ser blanco (*ver Whiteness*). Solo las personas con aspecto europeo merecen ser asociadas con todo lo bueno de la vida y pasearse con ropa cara, como esos seres etéreos y sublimes que aparecen en los anuncios de Liverpool o de El Palacio de Hierro.

Hace un par de años, cuando una funcionaria de un museo de la Ciudad de México tuvo la idea de hacer un cartel promocional con un retrato de una familia mexicana morena y feliz, no pudo conseguir ninguna fotografía con ese tipo de modelos. Ante su desconcierto, el empleado de una agencia de publicidad le explicó sin vacilación: “Los morenos no son aspiracionales”. En otras palabras, según los custodios de

3. “Publicidad aspiracional”, Gerencie.com [en línea], 31 de marzo de 2013. Disponible en: <http://www.gerencie.com/publicidad-aspiracional.html>.

nuestro paraíso del consumo, nadie en México soñaría con convertirse en moreno, solo en güero. O, por ponerlo en otros términos, el ascenso social pasa por el blanqueamiento, es decir, por la modificación sutil o directa de la apariencia física para parecerse al ideal aspiracional de la blancura. Nadie se enriquece para hacerse más moreno.

Por ello, podemos afirmar que en nuestros medios de comunicación impera un régimen de *apartheid* que sería el orgullo de un bóer sudafricano del siglo pasado. Las personas blancas, muchas veces más rubias que el promedio de los escandinavos o, en todo caso, pertenecientes a la categoría de “latinos internacionales”, gozan del privilegio de beber los tragos más caros, comprarse los coches de mayor lujo o viajar por los destinos más glamurosos. Las mujeres rubias son el epítome de lo deseable y su belleza inalcanzable se transfiere por arte de magia a los productos que venden: como la cerveza que usaba solo modelos estadounidenses y asociaba el cabello rubio de ellas con su propio color, o las turbas de modelos güeras que promueven las baratas de nuestros almacenes de mayor prestigio. En contraste, los morenos solo pueden ocupar papeles de pobres, desnutridos, analfabetas o marginados, siempre receptores de la caridad de sus compatriotas más blancos o de la asistencia del Estado. Los demás tipos físicos mexicanos (negros, chinos, etc.) no existen siquiera o son presentados como extranjeros. Claramente, en el mundo de la publicidad, los blancos viven en el paraíso al que todos queremos pertenecer, mientras que quienes tienen la desgracia de haber nacido más oscuros padecen la realidad insoportable de la que todos querríamos escapar. Con razón nadie aspira a ser moreno.

Los límites entre uno y otro de estos mundos imaginarios son vigilados con el ahínco que merecería

una frontera internacional. Hace unos años una agencia de *castings* emitió una convocatoria para un modelo que personificara a san Juan Diego, con y sin la Virgen de Guadalupe. Cuando un actor demasiado moreno se presentó al evento, una recepcionista le dijo con desprecio: “Los pedimos mexicanos, pero no tanto. No nos funcionas.”⁴ En la mente de nuestros “castineros” y de nuestros publicistas, incluso el único indio transformado en santo tiene que blanquearse para merecer ser mostrado en sus pantallas (*ver Belleza*).

4. Sánchez, Cinthya, “Los pedimos mexicanos, pero no tanto”, *El Mexicano* [en línea], 13 de abril de 2014. Disponible en: http://ed.el-mexicano.com.mx/impreso/Ensenada/041314/13-04-2014_ENS_05C.pdf

B

Belleza

El racismo mexicano del siglo XXI es decididamente superficial: una cuestión de color de piel, de cabello y de ojos. En nuestra vida social las mexicanas y los mexicanos nos colocamos continuamente, y somos colocados por los demás, en una escala cromática que asocia la blancura, natural o artificial, con la belleza y el privilegio, el poder y la riqueza y su “contrario”, es decir, la piel morena, con la fealdad, la marginalidad y la pobreza. Esta pirámide de fenotipos, siempre más estrecha y competida en la punta y más ancha y despreciada en la parte baja, nos permite determinar, de manera casi automática, quiénes merecen nuestra admiración y envidia y quiénes nuestro desprecio o lástima.

La jerarquización de los colores demanda un constante esfuerzo de transformación y ascenso, pues nadie quiere creerse feo. La próspera industria de los tintes de pelo, de las cremas blanqueadoras y de la cirugía plástica alimenta y lucra con esta definición racializada de la belleza. Casi todos nuestros productos de consumo ofrecen blancura por medio de la magia de la publicidad: si bebo este ron seré como las modelos que lo degustan en los anuncios, si manejo este coche pareceré más “blanquito” (*ver Aspiracional*). Sin embargo, como propone la socióloga Mónica Moreno Figueroa en sus estudios sobre los ideales de belleza de las mujeres mestizas mexicanas, nues-

tra posición en esta gradación siempre es precaria.⁵ Por más que nos esforcemos en blanquearnos, nunca faltará alguien que sea, o se crea, más blanco o más privilegiado y que esté dispuesto a rebajarnos un escalón (tal vez con un refrán como “La mona aunque se vista de seda, mona se queda...”); así como nosotros tampoco podremos algún día resistirnos a menospreciar a quienes están debajo de nosotros.

Las personas entrevistadas por Moreno viven el racismo como una mezcla de resentimiento por las humillaciones recibidas y de culpa por las ofensas cometidas. Una de ellas contaba:

No tengo fotografías mías de cuando nací porque nací negra. Eso es lo que me cuentan mis papás: “Naciste tan negra, tan prieta, que no te tomamos fotos. Preferimos esperar, porque también naciste un poco feíta, y negra, por eso esperamos a que crecieras un poquito hasta que mejoraste y cambiaste”. Y la otra cosa que quiero decir, porque la hice, es que una vez, creo que fue en un aeropuerto, vi a un tipo negro que sudaba, mucho. ¿Y sabes qué pensé de inmediato? Algo así como “Va a ensuciar su camisa”. Te juro que parecía que la iba a manchar. Entonces de repente me sorprendí a mí misma, pero fue solo un pensamiento, ni lo dije siquiera. Ya sé que es algo horrible, pero eso pensé.⁶

5. Ver Moreno Figueroa, Mónica, “Racismo y belleza”, videoclip en El Colegio de México, YouTube, 9 de julio de 2015. Disponible en: <https://www.youtube.com/watch?v=A9zAsou7Id0>, y también Moreno Figueroa, Mónica G., “Distributed intensities: Whiteness, mestizaje and the logics of Mexican racism”, en *Ethnicities*, 2010, vol. 10, n.º 3, pp. 387-401.

6. Moreno Figueroa, Mónica G., “Distributed intensities: Whiteness, mestizaje and the logics of Mexican racism”, en *Ethnicities*, 2010, vol. 10, n.º 3, pp. 387-401, 396.

Como explica la propia Moreno, este racismo cotidiano es más implacable porque ni siquiera lo reconocemos como parte de un sistema social discriminatorio, sustentado por los medios de comunicación y la publicidad, anclado en las representaciones de la cultura de consumo global (*ver Publicidad*). En cambio, lo vivimos como una falla personal y como una vergüenza íntima, lo que afecta constantemente a nuestra imagen propia y pone en entredicho de manera continua la imagen que tenemos de nosotros mismos (*ver Federico*).

Vistos desde esta perspectiva, los onerosos despliegues de glamur de nuestra “primera dama” Angélica Rivera, apuntalados por un uso desmedido de cosméticos para blanquearse y un derroche en desplegados publicitarios, provocan más lástima que escándalo: son testimonio conmovedor de su desesperada necesidad de mantenerse a toda costa en la primera posición de la pirámide cromática y social que tanto trabajo le costó ascender.⁷ (*Ver Whiteness*)

7. Ver los resultados para “Angélica Rivera, primera dama de México”, en *Hola México* [en línea]. Disponible en: <http://mx.hola.com/tags/angelica-rivera/>.